

inteligencia personificada, que iba á ser tan célebre entre nosotros por sus milagros de audacia y de habilidad para resistir á los republicanos y para escaparles dos veces con una rara fortuna; al valeroso jefe de los fronterizos, Quiroga; al príncipe de Salm-Salm, cuyo lente, cuyos bigotes y cuyo tipo germánico revelaban un verdadero prusiano (el príncipe de Salm-Salm habia sido coronel de un regimiento americano en la guerra de Potomac), y en fin, á otro, cuyo nombre se ha hecho tan miserablemente célebre, al traidor López, favorito del Emperador, entónces honrado, considerado por todo el mundo, y casi seguro de ascender muy pronto á general, tan grande era la proteccion de que el Emperador le colmaba.

López llevaba siempre su rico uniforme de coronel de dragones de la Emperatriz. Era de corto entendimiento, tipo de hombre del Norte mejor que español ó mestizo. López era rubio, de estatura bastante elevada, y tenia grandes piés de anglo-americano. Se comprendia al ver á ese hombre que no estaba en su esfera. Era un ambicioso, sin mérito alguno verdadero, y que ayudado por el favor y los azares de los disturbios civiles, habia llegado á un puesto donde no podia sostenerse largo tiempo sin caer con ridículo ó con infamia.

Su mirada era mas bien humilde que franca, y su celo por ejecutar las órdenes del Emperador tenia algo de servil. Sus antecedentes, que nada tenian de honrosos, eran conocidos, sin embargo, por el Emperador; pero este habia tenido la desgracia de encontrar á López como jefe de su escolta el primer dia de su desembarco en México.

Desde aquel dia, Maximiliano colmó de beneficios al que debia ser su Júdas. López pareció corresponder durante algun tiempo á esa proteccion, haciendo de su regimiento el mejor del ejército imperial; pero este último mérito, que le tocaba indirectamente, pertenecia al teniente coronel del mismo regi-

miento, D. Pedro Gonzalez, cuya capacidad administrativa y cuyo valor fueron luego conocidos del Emperador.

Un odio terrible y no siempre disimulado existia entre el coronel y el teniente coronel. López envidiaba las cualidades de su segundo, y este último despreciaba á su superior.

### III

Los gefes republicanos: Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Riva Palacio, Velez, etc.—El elemento extranjero.

La moral de los republicanos era buena. Su última victoria de San Jacinto, la evacuacion del territorio por las tropas francesas, la de las plazas del Interior por los imperiales, su entrada sucesiva en todas las ciudades, la extincion de los recursos hacendarios del Imperio, todo, hasta nuestra posicion militar reducida á la defensiva, daba á nuestros adversarios la esperanza del triunfo, esperanza tanto mas fácil de hacer nacer entre ellos, cuanto que tenian por principal cualidad estar acostumbrados, mucho tiempo hacia, á sufrir todos los reveses, sin cesar jamas en la lucha.

Su general en jefe era Escobedo, y sus principales gefes secundarios, Corona, Régules, Treviño, Antillon, Paz, Echeagaray, Aureliano Rivera, á los cuales se agregaron mas tarde Riva Palacio, Velez y Jimenez.

Quisiera dar aquí una idea de cada uno de esos personajes, pero declaro que los conozco muy poco y que no quiero imitar á esos escritores, cuyos nombres tengo en la punta de mi pluma, que han escrito sin ton ni son sobre México y los mexicanos, á los que solamente de nombre conocen. Sus escritos, que

prueban por lo general la mas completa ignorancia del asunto, ó una violencia inexcusable é impolítica, han influido mas de lo que se piensa en el mal éxito de la Intervencion francesa, haciendo el papel de la piedra del oso. No soy de los que creen posible la fusion completa y de buena fé de los partidos; pero esta fusion es realizable hasta cierto punto, cuando la fuerza contribuye á ella sin herir demasiado el amor propio nacional y los amores propios particulares que se encuentran en todos.

Por desgracia, si el gobierno de Juarez tenia interes en desfigurar las intenciones de la Francia, confundiendo hábilmente la Intervencion con una invasion, los primeros gefes encargados de dirigir la tentativa francesa, y los escritores encargados de defenderla, ayudaron sin saberlo al Presidente Juarez en su tarea de resistencia.

Esos hombres y esos escritores no supieron dirigir ni juzgar los acontecimientos y las cosas. Cuando se necesitaba, ántes que todo, imparcialidad, tacto y conocimiento del país, se manifestaron ignorantes del verdadero estado de las cosas, violentos, injustos y parciales. Confundieron muchas veces á los disidentes en particular con todos los mexicanos en general, á los buenos con los malos, á los capaces con los incapaces, y acabaron por enajenarse las simpatías de casi todos. Muchos consideraban á México como país conquistado y olvidaban así el verdadero espíritu que dió origen á la expedicion.

Sus abusos proporcionaron excelentes pretextos á los republicanos, y casi dieron á estos últimos el magnífico papel de defensores de una nacionalidad oprimida.

Los mismos conservadores no podian soportarlos, á consecuencia de las ofensas y de las humillaciones de todas clases que á cada momento sufrían.

La idea de la Intervencion era buena en su esencia, y se-

guramente habria tenido buen éxito, si los instrumentos de ejecucion hubieran sido mas perfectos.

El odio no debe hacernos injustos ni aun para nuestros enemigos. Me guardaré muy bien, por lo tanto, de imitar á ciertos escritores de á orillas del Sena y del Rhin, publicando biografías de los generales y de los gefes republicanos que representaron los primeros papeles en el sangriento drama de Querétaro. No haré mas que bosquejar de memoria sus rasgos mas salientes, evitando cuanto me sea posible los errores, y ahogando mis antipatías.

Escobedo, que adquirió cierto renombre con la caida de Querétaro, es un hombre de alta estatura. Le ví una vez en su casa vestido de bata; parecia entónces, con su larga barba negra, sus anteojos colocados sobre una nariz respetable, y su fisonomía huesosa, un mercader judío de la edad média encerrado en su gabinete; sus orejas son enormes, y le han valido el mote de *Orejon*, con el cual le designábamos familiarmente.

Escobedo es hoy el mejor apoyo militar de Juarez, como el ministro Lerdo de Tejada continúa siendo su mejor apoyo político. Escobedo tiene cierto prestigio entre los republicanos de la parte Norte de México. Como militar, comenzó su carrera en las fuerzas revolucionarias formadas despues de la proclamacion del plan de Ayutla, fuerzas que se llamaban de Guardia nacional móvil.

No era mas que oficial superior cuando desembarcaron los franceses; tomó parte en la defensa de Puebla, volvió, despues de la ocupacion de esta ciudad, á la vida privada, de donde salió muy pronto para combatir al Imperio. Es una de esas personalidades militares y democráticas comparables á Garibaldi, pero en menores proporciones, cuya inteligencia, cuya experiencia de las guerras civiles, cuya ambicion y cuyo prestigio hacen mas ó ménos formidables.

En sus proclamas se encuentran ese fanatismo, esas frases pomposas del gefe que busca la popularidad republicana. Escobedo detesta á los extranjeros en general y á los franceses en particular. Tiene mucha razon: los pantalones rojos le han hecho pasar largas noches sin sueño é impuesto largas correrías persiguiéndole por entre montes y valles.

Escobedo fué dos veces prisionero de Mejía, que le perdonó la vida; así es que cuando se vió que Mejía era á su vez prisionero de Escobedo, se esperaba un rasgo de gratitud por parte del general en gefe de los republicanos. No sucedió así: Mejía fué ejecutado lo mismo que los demas.

Esos grandes demócratas, en su amor por la libertad y por la Independencia, no olvidan que la ingratitud es la independencia y la libertad del corazon.

Corona, que mandaba los contingentes de Sinaloa, de Jalisco y de Colima, goza de una reputacion de hombre enérgico bien adquirida. Era uno de los mejores gefes del ejército enemigo, y el que habia hecho frente al ejército frances con mayor fortuna.

Parece todavía jóven, y su semblante, de buen corte, es de un color ligeramente abronzado. Grande enemigo de los extranjeros, tenia, al ménos á nuestros ojos, el mérito de no haber hecho mas caso de las amenazas de los yankees que de las de los franceses, cuando la evacuacion de Mazatlan por estos últimos.

Las tropas organizadas por Corona eran muy aguerridas; su contingente de Sinaloa tenia un excelente armamento americano.

Régules es un español de las provincias Vascongadas, que sirvió en otro tiempo en las tropas de D. Carlos, en calidad de sargento, y que emigró á México despues de la ruina del partido carlista.

¿Cómo el sargento carlista se convirtió en el severo gefe republicano?

¿Por qué el servidor de D. Carlos llegó á ser uno de los tenientes de Juarez?

Preguntádselo á los azares de la vida y de las revoluciones sociales!

Régules era el principal adversario de Mendez en la provincia de Michoacan, que conocia tan bien como este último; su obstinacion en continuar una lucha sin cuartel y que habia ya costado la vida á sus predecesores Arteaga y Salazar, es digna de admirarse.

Despues de numerosas derrotas, sus tropas llegaron á un estado de desnudez y de miseria imposible de describir, y que él no podia remediar, no teniendo, como los gefes republicanos del Norte, la vecindad de los americanos que vendian armas y municiones.

A pesar de esto, Régules, aunque enfermo, continuó la lucha, derrotado tan pronto por los franceses como por el general Mendez, pero reanimándose cuando obtenia el menor triunfo. Sabia admirablemente hacer esa guerra de partidarios, que necesita, para ser bien dirigida, de hombres activos, infatigables, que soporten con paciencia las mas duras privaciones, y cuya alma debe ser de un temple particular.

Es un hecho digno de notarse que los mejores gefes de partidarios de uno y otro partido, en tiempo de los vireyes lo mismo que en el de la República, fueron españoles. En la época de Miramon los conservadores tenian uno, Cobos, á quien su origen oscuro no impedia tener un espíritu desarrollado.

Su corazon estaba tan avezado á las quejas de los vencidos como su cuerpo á las privaciones. Su actividad, cualidad esencial en los gefes de partidarios, no tuvo igual nunca. Despues de una larga jornada para sorprender ó para evitar al enemi-

go, en el momento en que todos se detenian fatigados y sin aliento, para Cobos comenzaba el dia.

Cuidaba del pienso de los caballos de su caballería y de las mulas, colocaba él mismo sus avanzadas y sus centinelas de observacion; por la noche hacia rondas y escribia su correspondencia. Se preguntaba uno con asombro cuál era el momento en que aquel hombre pequeño y rechoncho dormia y comia, y cómo podia resistir á tantas fatigas.

Acabó por ser fusilado en Matamoros hace algunos años.

Régules posee hasta cierto punto las cualidades de Cobos; alcanzado y derrotado muchas veces por el general Mendez, todos habrian creido que habiamos acabado con él, cuando, segun los partes, se habia escapado desesperado y seguido solamente de algunos fieles; pero pocos dias despues, habia recogido á los dispersos y echado leva, sin piedad por los desgraciados campesinos. El fruto de los impuestos y de las requisiciones que los republicanos le mandaban, le permitia reorganizar y remontar pronto, mal que bien, sus tropas y su caballería. Entónces, si el general Mendez no se lanzaba tras de él y no le perseguia de nuevo con encarnizamiento, Régules caia audazmente sobre algun punto desguarnecido.

La táctica de Régules, lo mismo que la de los demas gefes republicanos, era evitar á toda costa el combate donde era seguro debia ver sus tropas sin consistencia y desmoralizadas, derrotadas por completo, y perdidos de nuevo los pocos elementos que habia podido reunir á fuerza de trabajo. Entónces huia sin detenerse durante dias enteros; sus desgraciados soldados, demasiado vigilados para poder desertar, y no pudiendo ya marchar, caian de fatiga é inanicion en los caminos: los cinturazos no siempre bastaban para hacerlos levantar.

Caballos flacos, llenos de mataduras, quedaban abandonados por sus ginetes, á los que ya no podian servir, y su pre-

sencia nos anunciaba que no se hallaba léjos el enemigo. Se aceleraba la marcha, pero no siempre alcanzábamos á esos adversarios impalpables.

Existir mientras partian los franceses, tal era el objeto principal de los republicanos. Estos no podian esperar vencer á las tropas de la Intervencion, pero decian: se irán el dia ménos pensado, cansadas de nuestra resistencia ó vencidas por los americanos del Norte. Entónces ellos, los republicanos, quedarían frente á frente con los imperialistas y los exterminarian en una lucha sin cuartel.

Tal era el razonamiento de Régules; no estaba desprovisto de buen sentido político, y con ayuda de los acontecimientos fué puesto en ejecucion.

Era preciso existir á toda costa, y por eso Régules rehusaba siempre el combate cuando no le ofrecia grandes probabilidades de buen éxito, porque huia sin cesar, ó dispersaba sus tropas en pueblos que les designaba y á expensas de los cuales vivian.

La tierra caliente que se extiende al Sur de Michoacan, era tambien un refugio adonde el general Mendez le perseguia raras veces, porque Régules pasaba entónces el rio de las Balsas y hacia una visita al viejo Alvarez, sobrellamado la Pantera del Sur, gefe, ó mejor dicho, rey de los Pintos, que no reconoció ni á la Intervencion ni al Imperio, porque se cometió con él, como con tantos otros, una falta imperdonable con que se ofendió su amor propio. El viejo dictador, único dueño, despues de Dios, de aquellos países, protegia á Régules hasta el momento en que este último podia aprovechar la ocasion de volver á las tierras frias ó templadas de Michoacan, porque una larga permanencia en la tierra caliente, en la época de la estacion de las lluvias, destruia todavía mas á las miserables tropas republicanas que á los batallones imperiales.

Muchas veces, á punto de alcanzar á nuestro rudo adversario, pensé en la triste suerte que le estaba reservada si caía en nuestras manos; pero sabia yo que si el general Mendez le aborrecia con toda su alma, le estimaba secretamente, y nunca, á pesar de su vivo despecho, habia manifestado desprecio contra él. Esta última circunstancia me hacia esperar que se le haria gracia de la vida. Mis temores estuvieron muy léjos de realizarse; los acontecimientos marcharon á paso de gigante; algunas semanas mas tarde el mismo Régules iba con su contingente á aumentar el efectivo de los sitiadores de Querétaro, y contribuia á nuestra pérdida y á la ejecucion del general Mendez.

Las tropas de Régules no valian gran cosa y nos inspiraban poco respeto.

Treviño habia sustituido á Escobedo en el mando de la division del Norte, la mas bien organizada y mejor compuesta del ejército republicano. Treviño es un hombre valiente; su modestia, su probidad y su humanidad le han atraído la estimacion general, aun la de sus enemigos. Es alto, rubio, y tiene algo de asiático en sus facciones.

Antillon mandaba el contingente de Guanajuato; es un antiguo oficial del ejército de línea, pasado, como tantos otros, á los republicanos. Como todos los del antiguo ejército de línea que han entrado desde el principio de la revolucion al servicio de los liberales, Antillon ha hecho una carrera rápida y prestado grandes servicios á nuestros enemigos, introduciendo entre ellos algunos conocimientos militares y administrativos, así como una disciplina que nos envidiaban en otro tiempo sin poder adquirirlos.

Echeagaray era tambien un antiguo oficial del ejército y un general famoso entre los republicanos, que le consideraban de mucha capacidad.

Vicente Riva Palacio es hijo de un célebre abogado de México, amigo del Emperador Maximiliano, y su defensor ante el consejo de guerra que le condenó á muerte.

Riva Palacio es un hombre digno, bajo todos conceptos, de la admiracion de sus correligionarios y de la estimacion de sus conciudadanos. Es tambien poeta de talento y escritor político notable.

En un momento de entusiasmo, cuando el primer cuerpo expedicionario frances sufrió una derrota tratando de tomar á Puebla, Riva Palacio se lanzó á la guerra contra la Intervencion francesa con algunos amigos y algunos jóvenes de buena familia de México, voluntariamente, á su costa, y sin buscar, como tantos otros, un medio de hacer fortuna á expensas del país. Su conducta digna y humana, durante toda la guerra, le atrajo consideraciones particulares por parte del Emperador Maximiliano y del mariscal Bazaine. El general Mendez recibió orden del Emperador de tratar á Riva Palacio con los mayores miramientos, en caso de que lograra apoderarse de él. El general Mendez, por otra parte, no necesitaba de esta recomendacion, porque él tambien estimaba á tan digno adversario.

No sucedia lo mismo con Vélez. Este último es un tráfuga, cuya conducta merece ser juzgada muy severamente. Antiguo amigo de Miramon, que le colmó de pruebas de afecto en los dias de su poder, no á otro que á él debió su rápida elevacion.

El general Vélez sirvió al Imperio; pero al último momento, cuando vió partir las tropas francesas, se disgustó con Miramon, su antiguo bienhechor, con motivo de un piano, y con pretexto de ese disgusto fué á ofrecer su espada á los republicanos, que se apresuraron á aceptarla, porque Vélez tenia el prestigio de pertenecer al ejército de línea y gozaba de una reputacion muy merecida de valor y de experiencia.

Recibió de los republicanos, en la batalla de Ahualulco, sirviendo á las órdenes del general Miramon, una herida muy grave que no se ha podido curar enteramente y que requiere continuos cuidados.

Su conducta indignó á todos los imperialistas, y nuestros adversarios le destituyeron despues de haberse aprovechado de sus servicios.

El general Paz mandaba la artillería republicana; es un oficial muy instruido en su arma y nuestro adversario mas temible bajo el punto de vista científico; se habia adquirido una reputación muy grande entre los republicanos, por la habilidad con que mandó la artillería de la plaza de Puebla durante el sitio de esta ciudad por el mariscal Forey.

El general Rocha es un antiguo capitán de ingenieros del ejército de Miramon, que se pasó con los republicanos. Estos, careciendo de oficiales capaces, le proporcionaron inmediatamente una posición brillante. El general Rocha es un hombre instruido, valiente, pero duro y rencoroso.

Habia entre los republicanos algunos otros gefes y oficiales superiores bastante hábiles, pero eran la excepcion. La mayoría de los oficiales se componia de hombres sin talentos militares que tomaban los pomposos títulos de generales, de coroneles y de tenientes coroneles de guardias nacionales; el uniforme les agradaba, así como el hábito de mando, recibir sueldo y tener honores.

No podiamos perdonarles que ridiculizaran cuanto hay de verdaderamente bello y noble á los ojos del soldado. Aborreciamos mortalmente á esa multitud de gefes de partidarios, hombres sin instruccion, sin educacion, sin principios, sin moralidad, que prostituian completamente títulos que eran indignos de llevar, y cuya mala reputacion, de que gozaban entre extranjeros y mexicanos, nos alcanzaba.

No veiamos, en nuestra cólera, que cierto número de gentes semejantes á esas se encontraban tambien en el campo imperial, donde se les toleraba porque se creia sin razon que podian prestar útiles servicios.

El elemento extranjero tenia tambien su importancia entre los republicanos. Nuestros enemigos, que reprochaban á cada momento al Imperio el que se sirviera de mercenarios extranjeros, tenian tambien en sus filas un gran número de auxiliares, que fuera de algunos hombres distinguidos y de mérito, como el coronel Carlos de Gagern, ningun honor les hacian.

En su mayor parte eran antiguos desertores del ejército frances y de las legiones extranjeras, á quienes los republicanos trataban con muchos miramientos. Habia algunos americanos, pero en corto número, porque no abundaban los *dollars* en las cajas republicanas.

Muchas armas y muchos objetos de equipo provenian de los Estados-Unidos; pero habian sido pagados muy caro y no enviados gratuitamente, como se ha dicho muchas veces en Europa, porque los americanos del Norte son gentes demasiado positivas para dar nada á amigos ó á aliados, sin recibir en cambio especies sonantes ó buenas garantías de pago.

#### IV

El campo republicano.—Progresos de nuestros adversarios en el arte militar.

El efectivo de las tropas republicanas se elevaba entonces á quince ó diez y seis mil hombres, doble que el nuestro, y cada dia se engrosaba con nuevos refuerzos. Al terminar el sitio, este efectivo se elevaba á treinta y dos mil hombres, con

cien piezas de artillería. Estaba dividido en contingentes de Estados, porque los republicanos han adoptado el sistema federativo de los americanos del Norte.

Como es sabido, su organización era de lo más mediana. Sus batallones, formados de prisa, y por consiguiente demasiado débiles, estaban además diezmados por la deserción.

Pero reparaban incesantemente sus pérdidas con levadas en el Interior, y requisiciones de armas, de caballos, de objetos de equipo y de armamento. Muchos de sus soldados estaban medio desnudos; pero sin embargo, se veía que ya no afectaban ese desden que antes por las insignias militares, y que buscaban, por el contrario, la regularidad del uniforme.

Su caballería solo imponía por el número. Algunos escuadrones estaban bien armados, y en las bandas de partidarios se contaba gran número de atrevidos guerrilleros.

Los republicanos nos inspiraban no solamente un odio mortal, sino también un desprecio profundo; para nosotros no eran en definitiva más que insurrectos que trataban de derrocar una vez más el gobierno existente.

¿Estaba plenamente justificado este desprecio?

Nó.

Ya no éramos esos soldados de otra época, bien reclutados, bien organizados, bien considerados, y cuya presencia era bastante para poner en fuga fuerzas de insurrectos cien veces superiores en número. El ejército imperial se resentía demasiado de dos causas principales de desorganización: la primera era el desfallecimiento que produjeron en él los cambios de gobierno, y sobre todo, el triunfo de la revolución de Ayutla.

Cuando una de las últimas insurrecciones triunfaba, es decir, según el lenguaje de los republicanos, se convertía en una revolución gloriosa, que debía sacar á la sociedad del abismo en que la había sumergido una odiosa tiranía, una de las pri-

meras medidas del nuevo poder que se instalaba era satisfacer en algo á sus partidarios.

Con este objeto disminuía ó licenciaba el ejército, para castigarle por la resistencia que acababa de oponer á los revolucionarios.

Estos quedaban contentos por un poco de tiempo; pero luego el nuevo poder se hallaba amenazado á su vez por la reacción; veía á algunos de sus antiguos aliados que no habían tenido una parte bastante grande en el botín volverse contra él, y nunca faltaban pretextos bastantes para derrocarlo.

Entonces, instintivamente, se reorganizaba el ejército para hacer frente á una nueva revuelta; pero naturalmente, esta reorganización, á cuyo favor se introducían en los cuadros elementos improvisados, era más imperfecta que la anterior. Tal era la primera causa de nuestra degeneración. Ya hemos dado á conocer la segunda: la negligencia del Imperio para organizar tropas nacionales, contando demasiado con el apoyo de las tropas extranjeras.

En cuanto á los republicanos, no eran ya esas masas de insurrectos, como se ven en todas partes, que aparecen en ciertas épocas, amenazando invadirlo todo, pero á las que fácilmente dispersan buenas tropas mandadas con energía. Ya no eran esas masas incoherentes de sublevados mandadas por el cura Hidalgo, ni esas bandas indisciplinadas que se levantaron para sostener el plan revolucionario de Ayutla, y en las que todas las gentes desordenadas, arruinadas, encontraban acogida y empleo y podían jugar á ser soldados, pero ciertas de ser derrotadas antes de presentar acción á las tropas del gobierno. Los tiempos habían cambiado mucho.

Cuando Pedro el Grande vió su numeroso ejército sin instrucción militar, derrotado en Narva por su rival Carlos XII y algunos militares de suecos bien disciplinados, ese grande

hombre comprendió la causa de sus desastres y el medio de repararlos. Con este motivo pronunció estas memorables palabras:

«¡A fuerza de derrotarnos, los suecos nos enseñarán á vencerlos!»

Estas palabras podían aplicarse á nosotros: á fuerza de derrotar á los republicanos, les enseñamos á vencernos.

Una guerra continuada les habia dado experiencia. Los oficiales del ejército que ingresaron á sus filas les habian comunicado alguna instruccion y alguna disciplina, cosas para ellos desconocidas en los primeros tiempos de la revolucion. Una larga lucha con el ejército frances los habia aguerrido. La defensa de Puebla, sobre todo, habia formado cierto número de gefes. Muchos de sus oficiales, jóvenes de aspiraciones sin límites, estudiantes perezosos, médicos sin enfermos, abogados sin causas, todos ambiciosos, se embriagaban con su propio entusiasmo, y manifestaban una inteligencia, una audacia y un fanatismo que ciertamente no equivalian ni á la instruccion militar ni á la fuerza múltiple que dan la disciplina, el espíritu de cuerpo ó el punto de honor, pero que suplen á ellas algunas veces.

Tenian conciencia de sus progresos y de nuestra degeneracion. Ya no eran franceses los que tenian delante, sino traidores á los que temian poco, porque estos últimos no poseian ni la buena instruccion, ni la organizacion perfecta, ni los recursos prodigiosos de las tropas francesas, ante las cuales los republicanos se habrian guardado de presentarse. Así es que nos atacaron con un aplomo que asombró á todo el mundo. La manera con que fueron recibidos les probó que se habian equivocado, si no completamente, al ménos en parte.

Su odio hácia nosotros era mayor aún que el nuestro hácia ellos. Se proponian tratarnos sin cuartel, y hacernos pagar al

mismo tiempo por nuestros aliados los franceses, á los que ya no podian alcanzar.

## V

Escaramuzas.— Los cazadores franco-mexicanos.

Algunas escaramuzas sin grande importancia tuvieron lugar.

El 12 se mandó hacer un reconocimiento por el camino de San Luis, con órden de tomar, si era posible, el peaje y la iglesia de San Pablo. El general Castillo fué encargado de este ataque con una parte de su division. La condujo vigorosamente y logró su objeto, que era reconocer si el enemigo se encontraba de aquel lado como se creia.

Los cazadores franco-mexicanos se hicieron admirar en aquella ocasion. Penetraron en el patio de la Garita, grande edificio que servia de peaje, y desalojaron al enemigo. Su comandante, oficial superior mexicano, llamado Villasana, fué gravemente herido. Este batallon, el de Celaya y el 7º de línea, que le servian de reserva, volvieron despues á nuestra línea.

Ese movimiento, nuestro primer triunfo, nos hizo creer que el enemigo, á quien se provocaba de aquel modo, aceptaba por fin la batalla que se le ofrecia; pero no sucedió así.

Me parece bien decir algo acerca de los cazadores. Habian sido formados con los restos de los antiguos batallones de Cazadores de México, compuestos de franceses y de mexicanos y organizados con habilidad, aunque tardíamente y con grandes gastos, por el mariscal Bazaine. Por desgracia, cuando la partida del cuerpo expedicionario, la mayor parte de los oficiales y suboficiales del ejército frances que pertenecian á este cuerpo, del que eran el alma, tuvieron que volver á sus an-